
¿CONFIANZA EN LA CONDUCCION ECONOMICA?

En editoriales anteriores, "REALIDAD" ha destacado el distingo que existe entre un sistema económico determinado y las políticas que se emplean para implementarlo.

Un sistema responde a ciertos principios que lo informan y conforman. A cualquiera está reservado creer en ellos o repudiarlos. Lo único que no puede hacerse es aceptarlos bajo la condición de que se modifiquen, pues en tal caso ya no se estaría admitiendo un determinado sistema económico sino otro.

En la Declaración de Principios del 11 de marzo de 1974, el Gobierno de Chile adoptó un sistema económico fundado en ciertos principios fundamentales, tales como el respeto a la propiedad privada de los medios de producción; la determinación que la intervención del Estado en el aparato productivo ocupe un rol subsidiario, respecto a la actividad que desplieguen los individuos o sociedades intermedias; permanencia de la iniciativa privada, implicando de este modo al mercado en una función rectora en la asignación de los recursos disponibles y, en fin, la apertura de nuestra economía al exterior.

La misma Declaración enuncia luego el propósito del Gobierno de buscar "en la realidad chilena los elementos que complementen su visión filosófica y doctrinaria". De aquí se desprende la distinción entre los princi-

pios —ya enunciados— y las políticas que se utilicen para ponerlos en práctica. Estas últimas deben ajustarse a la realidad del momento, la que es siempre cambiante.

En consecuencia de lo anterior, se deduce que en el ámbito económico, como en cualquier otro, la petrificación o inmovilismo de las políticas implica a la larga un deterioro de la adhesión no sólo a éstas, sino también a los propios principios que se han propuesto servir.

Durante el período 1975-81, la implementación de un sistema de economía libre obtuvo para Chile logros sin precedentes, cuyos beneficios cubrieron y penetraron hondo en extensos sectores de nuestro pueblo.

Hacia el final de este período, llegó a crearse la impresión generalizada de que las políticas poseían un carácter autónomo y, quizás, automático, de tal suerte que su aplicación no sólo era, sino que debía ser, inamovible. **Las políticas se convirtieron así, virtualmente, en principios.**

En esta atmósfera se sustentó en aquellos años la confianza de la opinión pública, en la convicción de que las cosas iban bien y que... tenían que ir mejor. Esa confianza logró adquirir una gran solidez, cuyo efecto perduró por no escaso tiempo, más allá incluso del momento en que la "realidad" tornó perentorio corregir algunas de ellas. Sin embargo, está necesidad de correc-

ción, precisamente por la actitud recién reseñada de elevar las políticas más allá de su real significado, produjo que amplios sectores ciudadanos rechazaran la posibilidad de cambio en ellas y hayan querido, en cambio, hacerlo efectivo en los mismos principios.

La prevalencia de esta última posición, que en muchos puede no ser más que una reacción ante dificultades económicas transitorias puede provocar daños que no se advierten suficientemente y que implican un volver atrás. Esto es a la intervención omnímoda del Estado en todas las esferas de la actividad, sin excluir el abastecimiento de los hogares, ni la educación familiar; al establecimiento de la influencia política como el factor determinante en la asignación de recursos; y a la subsistencia del derecho de propiedad sujeto a tales restricciones que, a menudo, significan su virtual confiscación.

La ciudadanía rechaza, estamos ciertos, que el péndulo regrese a esa hora.

Pero ella, a la vez, reclama que se den las condiciones para que retorne la confianza en el acierto y la permanencia de la conducción económica, así como en la prudencia de sus políticas, bajo las nuevas circunstancias que vive el país.

La responsabilidad de lograr ese resultado incumbe al Gobierno. Para ello, no basta que el Ministro de Hacienda logre, con reconocida seriedad y esfuerzo, renegociar la deuda externa en términos que produzcan un alivio del endeudamiento del país, ni contribuye tampoco a ello la toma parcial y reiterada de medidas específicas que, si bien ayudan a sectores a salir del agobio inmediato, pueden no guardar coherencia con los principios inspiradores de la acción gubernativa. Se precisa revitalizar la confianza de la existencia de una remozada

“Se precisa revitalizar la confianza en la existencia de una remozada política económica global, cuyos procedimientos sean claramente expuestos a la opinión pública y cuyas metas le resulten plausibles e inspiradoras.”

política económica global, cuyos procedimientos sean claramente expuestos a la opinión pública y cuyas metas le resulten plausibles e inspiradoras.

El hecho es, sin embargo, que el país no está cierto de lo que el Gobierno se propone hacer, más allá de sortear con mucha voluntad la crisis inmediata a través de diversas y, a menudo cambiantes, medidas de reactivación. En vez, advierte que respecto de éstas, los personeros oficiales suelen no actuar al unísono.

Sin un liderazgo económico unívoco, dotado de un igualmente inequívoco respaldo político, parece difícil esperar que puedan cesar el desconcierto y la inquietud reinantes en la materia. ♦